

ROMANCE DEL TUNUYAN

Poco a poco, los hombres valientes de la tribu del cacique Tupaná fueron penetrando entre aquellas montañas altas de azul violáceo y cumbres blancas, que parecían inviolables por su reciedumbre. Conocieron los secretos de las hondonadas y de los picachos, hicieron senderos entre las rocas soberbias, descubrieron las cabezas del gigante y le llamaron "Aconagua", se establecieron en los valles descubiertos y fueron felices durante muchos años, viviendo bajo esos cielos azules y tranquilos.

Un día las montañas se estremecieron en un eco recogido que venía de lejos. Era como si la tragedia de otras tierras se transmitiera a lo largo de la columna de piedra... Y los hombres blancos llegaron, dueños de mil brujerías, oliendo a pólvora, echando humo y matando hermanos.

La tribu toda dió un alarido de guerra. Los jóvenes enardecidos afilaban sus lanzas y ensayaban su puntería en los animales de caza. Las quenas se escuchaban en dolorosas melodías, intercaladas con sonidos de rabia y pena y el tambor, en incesante llamado de combate, reunía a los guerreros.

El dios sol, padre de todos, exigía venganza. Los ríos, valles y montañas esperaban la tragedia donde perderían también la libertad. Aquellos hombres vomitados quizás por algún volcán endemoniado, vencían, azotaban, humillaban a los indios, haciéndoles perder su dignidad de varones salvajes y fuertes, y se convirtieron algunos en seres domésticos y otros prefirieron morir o perderse en el infinito del horizonte...

Y los ecos también fueron recogidos del otro lado de las montañas blancas. En el Valle del Uco lloraban los indios la esclavitud de la raza, contemplando aún sus tolderías inundadas por los luminosos rayos de la libertad.

Tunuyán y Chirigua simbolizaban la vida y la juventud de aquella región. El valiente guerrero era la protección y la energía, al lado de la exquisita dulzura y fragilidad de la india. Los dos eran hermosos, los dos eran jóvenes, los dos se amaban desde siempre. Erraban por las montañas mirándose en los ojos, tomados de la mano escalaban los cerros; él cazaba para ella, la envolvía en suaves pieles de pumas y guanacos, prendía en sus cabellos flores frescas y bonitas cortadas en cactus gigantes o juncos silvestres y de su pecho colgaba piedras de colores, recogidas en las arenas de los arroyos.

Un estremecimiento frío y de terror recogieron de nuevo las montañas. La tribu entera decidió morir y con gesto decidido y desafiante se adelantó a recibir al enemigo que otrora aplastara la grandeza de su raza.

Tunuyán no pudo sustraerse al problema de sus gentes; en su alma, donde no cabía nada más que amor, sintió también miedo, pensando no en sí mismo, sino en ella; y pegando el oído a las rocas, aspirando el aire amenazante y extendiendo su penetrante mirada, corrió a engrosar las filas de los guerreros.

Y los hombres blancos vencieron también a este resto de valientes, se apoderaron de casi todos y sin distinción de edades ni de sexo los arrearon hacia las lejanas poblaciones como si fueran animales e iban repartiendo indios en las casas de los colonos, con la condición de que los bautizaran y les pusieran el apellido de la familia que los usaría como cosa propia.

Tunuyán, gracias a su ágil cabalgadura consiguió huir, llevando fuertemente abrazada a Chirigua. Unos soldados distinguieron a la india joven y hermosa y la persecución se hizo más tenaz. El caballo se caía de cansancio. Tunuyán y Chirigua abandonaron al animal y se internaron por una quebrada consiguiendo despistar a los perseguidores.

La india, fatigada y triste, descansaba en los brazos de su esposo. El la contemplaba con arrobamiento; bebía sus lágrimas con besos, le arreglaba los cabellos sueltos y en desorden. Comprendía que estaban perdidos y estrechaba aún con más amor a su mujer. Allí esperarían, no podían seguir huyendo. Muy pronto distinguió a muchos hombres que los señalaban con la mano, hablando de un modo extraño y cercándolos con cautela para darles caza. Tunuyán, de pie, con la india dormida entre sus brazos, los miraba casi sonriente. La talla del joven guerrero se recortaba en lo alto de la roca, el cuerpo casi desnudo, la cabeza desmelenada; los ojos negros y brillantes no miraban con fiereza, sino dulcemente. Los hombres decidieron dar fin a esa postura casi insolente del indio, se acercaban apuntándoles con las armas de fuego; sin embargo, los querían vivos; él era un espléndido ejemplar para el trabajo, y la india una hermosa mujer. Estaban ya muy cerca, creían que el indio se había rendido; mas lo que no imaginaron sucedió. Tunuyán dió apenas un paso atrás, y cayó en el precipicio llevándose a la india entre sus brazos.

Y al acercarse aquellos hombres a mirar en el abismo, vieron con asombro que un torrente de aguas enfurecidas y barrosas había envuelto aquellos dos cuerpos.

Aquel río, desde entonces, se llama "Tunuyán". Y es el río que en recuerdo de los jóvenes indígenas, lleva la vida a la región del Valle del Uco, y sobrándole aún fuerzas, corre a través de las serranías y generosamente va dando sus aguas a los hijos de la tierra.

Manuela Mur Delfino.